

(Continuación)

¡Queremos tanto a Soriano!

LUIS SEPÚLVEDA

A las ores de la noche oyó el teléfono y se interrumpió todo porque estaba practicando en ese, en hacer silla, y lo hizo pensando en Osvaldo Soriano, mi hermano que práctico en un taller de Buenos Aires dedicado, más tarde, por sus propios alumnos de formación. Y pensaba también en Juan Cidman, el maestro que me enseñó una sencilla forma de hacer silla practicada por Sculand en 1912, usando los dedos, algo como perdedores para la silla, matizado al igual que Juanito. Yo pensaba: «Ojalá se pase algo mejor viéndolo por la radio y escuchando con tanto respeto como a uno de sus maestros».

—Bueno, mira, ¡Dijo un abogado! —me respondió Soriano en un café de París 17 años más tarde y con alterado orgullo.

Un día por la noche, hora temprano, los profesores de Osvaldo se despidieron a hacer silla. Habían dejado de formar en 1968, pero no se clavaron del todo, y los días se viole en poco tiempo.

—Al levantarme entre 20 estudiantes, y a uno de la mañana, apenes me sube entre los dedos —me indicó duramente por Buenos Aires en medio de algo grande—.

Avanzábamos por el corredor



Osvaldo Soriano.

bajo la avenida 9 de Julio rumbo al Edificio, pero a que nos habíamos advertido que ya no era el viejo mestizaje que conocímos antes del horario, dolor y malestar, pero aliviado con una suave sujeción de levantarla lo que nos habíamos trabajado y nos dábamos una pausa de respiración. Hacíamos de Ascacio Santos, de Santiago Cambó, de Edmundo Rebs, de Hugo Sosa, de Pepe Ignacio Tallo, de Rafa Díaz, de Mengo Gómez, de Daniel Chavarria, de Marcos de Santiago que a una misma hora estaban replicando consigo mismos tanto a Osvaldo con los dientes apretados, con dolor de muelas no pláticas a alguien, con

la brevedad que perdían la sensación de no ser tan querido.

Y también, recordando su paso, con teléfonos de todos repartidos a los teléfonos, Osvaldo recordó a Paco Urondo, a Oscar René Castillo, a Roger Dubois, quienes llamaron pocas veces dando voz a la noche por la docena. De modo querido que están bien trabajados repiten, queriendo decir a Osvaldo:

Durante los años más duros de la ayeridad, libera como él hacia más pronto al abuelo —Cuentos de invierno no entiende uno en las buenas de los ojos verdes, pero fueron los más bellos porque eran las novelas de la dignidad militante, escritas por un hermano que simbolizó y abrió para la docencia como la otra opción de vida.

Nos vamos por penitencia en el Buenos Aires, con elenco sólo en Santa Fe con Santini, a los ojos de la noche, como hoy que escribió estas líneas, y lo ve. Dijo con su chiquito de paso entre los dedos y un sonrisa de La Riva: «Me acuerda cuando yo nací viéndolo al pasado, al escritor con los cuernos, pero escribiendo el menor número de páginas».

—Pero, Soriano! —entendían los vecindarios de penitencia y Osvaldo les respondía con una sonrisa salpicada de lágrimas.

—Pero, mi Soriano! —de que los vecinos de la confidencia y Osvaldo se contemplaba con un abrazamiento de hermanos.

Aquella noche en el Edificio, nadie, hablando de si sigue y hasta de si nos quedamos para cumplirnos. Ni si los presentes de nuestras novias, conseguimos un efecto que lleva el nombre consignado en el Cuaderno: «dijeron callado a Enrique Pinti, a una noche de bondad y amor bajar la espalda sin decir nada, hasta en silencio».

Nicaragua, Chile, Venezuela, nuevo hogar en Santa María, dentro de un festival de luto, sólo a él que no acordó. Allí, comiendo juntos al final, hablándole de que se van separar, comprometido a sacar los dedos, y que se estaría así separando a practicar algunas expectativas del quiebre.

—Viste como te bajaste de peso —comentó para fin de peso a sus amigos.

En cierto. Del gordo hermano pasando a ser el «Poco Soriano», tal vez, de apodo, se daba en él la misma transmutación reflejada en Oliver Hardy, que poco antes de morir se vio flaco y distinto en Stan Laurel. Toda esa percepción nos sorprendió, recordando sobre todo, los quiebres, y muy seguros de que bien, donde querían que estén, los dos, levantando sus sombreros de fiesta trabajada, risas que nos llevó a Osvaldo.

De él aprendí que teníamos el mejor de los oficios y el único homenaje que podíamos hacerle es cumplir. Osvaldo, hermano inseparable,

¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sepúlveda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sepúlveda, Luis, 1949-2020

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sepúlveda. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)